VIII

IGNORADO

Dos ó tres veces lo había yo visto cruzar el café de Iturbide, hablar con alguien en los billares y marcharse por el patio del hotel. En mis insaciables curiosidades de neófito, pregunté quién era.

—Es Teófilo Pomar, el pianista, el autor de las danzas que tanto te gustan.

Hice que nos presentaran y nada interesante descubrí en la presentación, hasta me pareció que el maestro presumía un poco. Luego, me lo encontré en algunas tertulias honestas y de confianza, en las que se baila sin orquesta, con el piano solo. Nos saludábamos Pomar y yo, y, durante sus descansos y los míos, fumábamos un cigarrillo por los corredores ó tomábamos juntos una

copita de licor en la antesala. Muchachos los dos, de ahí á las semiconfidencias y á los proyectos de calaveradas, no tardamos mucho.

Inspirábame Pomar respetos y simpatías; respetos, porque conocía á todas las Magdalenas, porque era pianista en los bailes de trueno; y simpatías, porque era artista, porque sus composiciones — las danzas muy especialmente — me despertaban ansias y deseos, halagaban mi idolatría innata por la mujer, me prometían mil cosas confusas y encantadoras. De tal suerte, que, la primera ocasión en que pisé un baile público, lleno de congojas y de temores, verle en el piano me tranquilizó un tanto y me acerqué á él como á un aliado natural y poderoso.

— ¿Al fin vino vd? — me preguntó sin dejar de tocar. Lo que es ahora, ya no dejará vd. de venir nunca; va vd. á encariñarse con estas reuniones, á necesitarlas; pero á la larga — agregó bajando la voz y obligándome á acercarme al teclado — las odiará vd. y se arrepentirá de haber venido.

Y ante mi asombro, se puso á mover la cabeza cual si llevara el compás, sin dejar de decirme:

— Créame vd., créame vd.; ya lo verá más tarde.

Como yo, por lo pronto, no veía sino muchas mujeres que me tuteaban ó no reparaban en mí — ambas cosas con la mayor naturalidad del mundo — que me permitían caricias ó se las permitían ellas; como sólo escuchaba la conjugación del verbo amar en su forma más espontánea y los masculinos me asqueaban y las femeninas me entristecían, no tuve libre el espíritu para valorizar las profecías de Pomar, ya muy lejos de mí, allá en el otro extremo del salón, siempre sobre el teclado, la mirada distraída en la multitud, la cara seria.

En cuanto concluía, los concurrentes lo rodeaban; disputábanselo, lo mareaban á amabilidades, á invitaciones; todos querían darle algo, una copa, un cigarro, las buenas noches. Las mujeres, más insistentes, se le colgaban de los brazos, lo arrastraban á los gabinetes donde la manzanilla ó una cena fría esperaban á los consumidores, y él agradecía, rehusaba á los más, complacía á los menos.

— Gracias, de veras gracias; lo que quiero es descansar un instante...

Y se quedaba solo, apoyado sobre los barandales del corredor desierto, á un paso de esa ruidosa y ficticia alegría de las orgías; habituado á éstas,

á las riñas que traen, á las ilusiones que se llevan. Allí fumaba cigarrillo tras cigarrillo, hasta que la gente se impacientaba, quería bailar.

— Pomar, que venga Pomar !...

Pomar entraba ceñudo, cual si bruscamente lo hubieran despertado de algún dulce sueño, y se llegaba al piano con tan visibles muestras de mal humor, que cualquiera habría temido una armonía ingrata, un arpegio discordante, y en su lugar, brotaban tibias, voluptuosas, delicadas las danzas que estaban haciéndole célebre, sus danzas, pensadas y compuestas por él, las que le daban de comer y lo premiaban á él solo de tanta prosa, de tanta amargura. Y entonces, se abstraía por completo, no respondía á nadie ; noche hubo en que improvisara una nueva danza, así, en medio de los gritos destemplados, con la excitación de la desvelada y del desencanto interno, cuando la aurora sonreía desde la azotea y las lámparas de petróleo se apagaban amarillentas y tétricas...

Y es que no tenía muchas horas libres para componer su música, ni piano en qué estudiarla. Aprovechábase del de sus raros discípulos, del de los amigos, y cuando unos y otros desaparecieron, hubo de recurrir á los pianos del trabajo, manchados de vino y de estearina, con notas como

gemidos de sér que sufre, cuerdas crispadas, teclas ausentes y candelabros rotos. Nadie al verlo en la labor, hubiera sospechado que componía ; tenía uno que estar en el secreto para seguir con afán su inspiración, para apreciar cuánto talento necesitaría á fin de no perder el ritmo del baile y dar vida al mismo tiempo á las piezas nuevas, que salían sin ser advertidas de los bailadores, ni del público nocturno, ni de las mujerzuelas que todo lo absorbían y lo llenaban todo. Como el compás no variaba, se le decía " bravo " por costumbre, en agradecimiento bestial de los contactos que procuraba.

Era Pomar incansable; tocaba cuatro ó cinco horas sin gran fatiga y con ligerísimas interrupciones. Sólo una vez recuerdo que se quejara conmigo, al concluír.

— Mira cómo tengo los dedos, me dijo.

Y en efecto, los tenía rígidos, inflamados, brotándoles la sangre.

Nosotros intimamos pronto, porque principiaba yo á tener la experiencia del dolor, después de haber tenido desde muy niño, el instinto del mismo. Eso explica muchas de mis amistades, muchas de mis preferencias ; cuando se adivina ó se sabe lo que es sufrir, quisiéramos aminorar el su-

frimiento ajeno, quizá con el deseo secreto y egoísta de que nos aminoren el nuestro ó siquiera no lo exacerben. Así como hay personas que se detienen extasiadas antes los cristales de una joyería, yo me detengo enternecido y me he detenido siempre, ante un hombre que llora; y á Pomar le ví llorar una madrugada en que juntos salimos de uno de los bailes semanales de "Capellanes".

No sé por qué me quedé hasta tan tarde ni por qué salía solo; ello es que mientras encendía un cigarro en la cantina, en medio de los rezagados de ambos sexos, de los que apuran de pie una taza de café sin azúcar para disiparse la borrachera, de los que se disputan por una palabra tonta ó por una mala mirada imaginaria; mientras me juraba no volver más, para hacerlo sin embargo á la noche siguiente; mientras mi cama fresca y limpia, me llamaba desde muy lejos, Pomar concluyó su liquidación con el propietario del establecimiento y me preguntó:

— ¿Quieres que te acompañe?...

Salimos del brazo, sin hablarnos unas cuantas calles; él, con la mirada fija en las baldosas, caídos los brazos, presa de un desaliento profundo; yo, herido por el exceso de luz, sin arrepentimientos ni temores, dueño absoluto de mi salud

y de mis actos — por lo cual sin duda los trataba tan mal — envidiando á los obreros, á los madrugadores, á la gente de razón, y distraído sin querer con el delicioso espectáculo que toda ciudad ofrece al despertar.

— ¿Vas á dormir? — inquirióme Teófilo.

— Sí, ¿y tú?...

— Yo voy antes á tomar algo. ¿Te convido?

Nos entramos á un cafetín del Coliseo Viejo que se hallaba completamente lleno; empleados de ferro-carriles, de casas de comercio; un desplumado que otro, de los garitos vecinos, que devoraban nerviosos su desayuno.

— ¿Ganaste mucho? le pregunté á Teófilo por alegrarlo.

— Sí, dieciséis pesos; ha sido una buena noche, pero ¿sabes lo que haría, si pudiera, con el dinero este? Lo tiraría á la calle y no volvería á ser pianista en esos bailes, ni á pasar por la calle...

Y se desbordó con sus confidencias. Ya no tenía discípulos ni le llamaban á tocar en los bailes decentes, porque se sabía en México que era el profesor obligado de los sitios pecaminosos, de las reuniones mal afamadas.

— ¿Como si les hiciera yo algún mal? — continuó exaltado. ¿Acaso me iban á dar ellos el

dinero que me dan éstos? ¿Acaso ellos pueden vivir sin dinero? Pues yo tampoco, porque lo que hago es música, no hago milagros. Ni me purificaba yo en aquellas regiones ni me mancho en éstas; en unas y otras soy lo que soy, ¿no te parece?... ¿Por qué entonces no me llaman? ¿qué pueden echarme en cara? Y mira, si supieran la causa no se conducirían así, la causa es una mujer que idolatro, que vive conmigo; una mujer á la que con tal de que no le falte nada dejo que á mí me falte todo ¿crees que muchos de los que me censuran harían otro tanto? ¿lo crees?...

Seguían sus quejas; unas quejas amargas, que denotaban hiel almacenada de tiempo atrás. Se premiaba á sí mismo, componiendo mucho, lo más posible; por eso sus últimas producciones estaban impregnadas de melancolía, era la melancolía suya que se le iba á los dedos, que no podía dominar. Y ya en este terreno, se perdió en nebulosas y en anhelos; dos ó tres veces mencionó Italia, me habló de proyectos de ópera, de viajes repentinos, de protectores inverosímiles que lo mandaran á Europa.

— ¿Pero tus danzas que todo el mundo toca, no te producen nada?

Sí le producían; lo suficiente para costear la

impresión y para que él vegetara. Su gran proyecto consistía en que alguna casa editora de los Estados Unidos le imprimiera la colección completa; así podría hasta realizar su viaje, su educación artística, sus ideales.

Toda su vida fué una sucesión de alternativas. Veíasele de repente en victoria de lujo, vestido de nuevo, ir al Paseo, comer en las mejores fondas, gastar dinero con profusión. Y luego, al mes ó dos, volvía al yunque, á lo que él llamaba su cadena, á tocar en los bailes públicos. Fuera de dos "nocturnos", sus composiciones eran bailables.

— Es lo que da dinero, exclamaba.

Las danzas eran su especialidad; no creo que nadie hasta ahora le haya superado, y cuenta que abundan en México los buenos cultores del género; pero él las hacía de manera que á la legua se reconocen como suyas, no hay medio de equivocarse; diríase que cada una de sus notas lleva la firma del autor. Á pesar de que son muchísimas y de que todas tienen el mismo estilo, no se encuentran dos iguales, les pasa lo que á los hijos numerosos de un matrimonio vigoroso y amante: ostentan en la cara el aire de familia. Verificó con ellas una verdadera conquista del público, con-